



CUENTA CUENTOS “UN MUNDO MÁGICO”

Ficha técnica:

Edad recomendada: de 3 a 7 años

Duración del cuento: 30 min.

Material de apoyo:

- Incienso para ambientar nos en India
- Bindis para poner a niños y niñas
- Confetti para simular la magia
- Productos de Colaboración Activa:
 - Cofre para guardar las “joyas”
 - Collares
 - Pulseras
 - Rosa solidaria
- Rúpias (moneda de India)

Contenidos:

- Cuento “Un mundo mágico”
- Preguntas para reflexionar



Un mundo mágico

La magia existe pero no siempre se nos presenta tal y como nos lo habíamos imaginado. A menudo la magia es tímida y prefiere esconderse detrás de las pequeñas cosas, de las pequeñas historias.

¿No os lo creéis? Muy bien, ahora os explicaré una historia mágica.

Paula tiene 6 años y es pequeña, bonita e inquieta. Vive en Viladecans con papá, mamá y Marcos, su hermano pequeño que acaba de cumplir un año. Paula cuida y enseña a su hermanito. Cuando Marcos duerme, Paula le hace besos pequeños para no despertarlo. Paula quiere crecer porque ya está aburrida de ser pequeña; está harta que le digan que ya es una chica grande, porque ella sabe que la engañan... A veces, cuando visita a la tía Lola, la hermana de su abuela, se siente mayor probándose sin cesar sus vestidos de mil colores que guarda en los armarios. La tía Lola tiene canas y siempre ríe, su piso está lleno de luz y las paredes están llenas de telas llamativas con colores muy vivos: morados, verdes, naranjas... en su casa parece que siempre sea primavera y huele a bosque después de llover...

Un día mamá y papá tenían que hacer unos encargos y Paula y Marcos se quedaron toda la tarde con tía Lola, quién les enseñó una caja llena de collares, pendientes, rosas y pulseras de aquellas que hacen ruido cuando mueves el brazo. Marcos se quedó boquiabierto con tantos colores diferentes y brillantes y Paula no perdió ni un segundo para empezar a probarse todo a la vez: un collar encima del otro, mezclando colores y formas; las muñecas apretujadas de brazaletes brillantes y ruidosos, y en el pelo se colocó una de esas rosas artificiales tan bonitas. Mientras tanto, la tía estaba preparando chocolate deshecho a la cocina y les advirtió: “Vigilad y no perdáis nada, que son joyas mágicas!”. Paula se miró los collares detenidamente y, despacio, sacó la cabeza por la puerta de la cocina y se miró a tía Lola con ojos incrédulos pero muerta de curiosidad: “No soy pequeña, tía, no me engañes.



Ya sé que estas joyas no son mágicas, son normales”. Tía Lola llevó el chocolate al comedor, y mientras Marcos se embadurnaba la cara con chocolate, cogió Paula y la hizo sentar al sofá con ella:

“Yo no te engaño. Todo esto que os habéis puesto a la cabeza y en los brazos y las ropas que tengo colgadas a las paredes, todo!...es mágico. Estos tesoros vienen de un país muy y muy grande, enorme, tan grande como un continente entero. Tan grande que se hablan 1.600 idiomas diferentes! Está lleno de palacios colosales donde hace muchos años vivieron príncipes y princesas que paseaban en elefantes, ríos mágicos que durante kilómetros y kilómetros llenaban de vida los valles y recogían la muerte como un regreso a la vida. En este país tan maravilloso las vacas pasean por las carreteras, entre campos de colores trabajados por mujeres con vestidos como el arco iris. El sol brilla con más fuerza y el cielo es más claro y más limpio que cabe otro lugar del mundo.

En un punto de esta tierra extraordinaria nació Indira, que fue un bebé pequeño, bonito e inquieto. Sus ojos eran enormes, oscuros como su piel, y su sonrisa era grande y transparente. Vivía con su mamá, su papá, su hermana mayor y dos hermanitos pequeños en una pequeña barraca hecha de trozos de madera junto a una carretera de arena por donde cada día pasaban coches, camiones, vacas, bicicletas y carros tirados por hombres en bicicleta. Cuando era muy pequeña, un día, se puso muy enferma, pero como vivían el campo y eran muy pobres, no la pudieron llevar al hospital. Por eso, Indira pasó muchas semanas en casa con fiebre, no comía ni casi bebía y tampoco podía tomar ningún medicamento porque eran muy caros. No se movió del montón de mantas que le hacían de cama durante un mes entero. Pero poco a poco Indira se fue recuperando y la fiebre marchó. Fue pasando el tiempo y los padres de Indira se dieron cuenta que era diferente al resto de chicas de su edad. Le costaba mucho más aprender a hacer las cosas, hablaba con dificultad y a pesar de que se hacía grande, se comportaba como una niña pequeña. La gente del pueblo la rechazaban por ser diferente, pero en realidad es que Indira era especial, tan sólo esto. Indira observaba durante



horas y horas el paso incesante de personas, animales y vehículos sentada en la arena junto a la carretera, sola, en silencio. Después de la época de lluvias, la arena se convertía en barro e Indira se mezclaba con él y daba forma a sus sueños. Del barro, hacía flores, platos, lo mezclaba con maderas y construía bandejas y si alguien la miraba, ella le regalaba su preciosa sonrisa.

El tiempo fue pasando en aquel país lejano e Indira se fue haciendo mayor sin haber ido a la escuela, ni subido en coche, ni salir de los límites de su pueblo. Tampoco podía trabajar porque decían que no servía, que no podía hacer nada, porque estaba enferma. Pero ella sabía que esto no era verdad y salía corriendo para esconderse. Se encogía junto a un árbol y deseaba salir volando como hacían los pájaros, que cantaban en medio de un cielo infinito y cielo. El día que Indira cumplió 23 años la magia perdió la vergüenza y se presentó ante su casa. Ella estaba cosiendo unas prendas de ropa, eran fragmentos de tela vieja que la gente tiraba y ella recuperaba y las iba uniendo para hacer una gran manta llena de trozos de diferentes vidas. De repente, se dio cuenta que una chica joven la miraba sonriente. “Esto que haces es muy bonito”, le dijo. Avergonzada, ella bajó la mirada y contestó: “Gracias”. Agachada, la miró a los ojos y le dijo: “Yo necesito unas manos como las tuyas, me las dejas?”. En aquel momento, aquel día, la vida de Indira cambió para siempre.

Aquella chica la llevó a un mundo nuevo, un mundo donde Indira no era menos que nadie, donde las palabras eran tiernas y donde las personas sabían apreciar lo que ella hacía mejor: construir con las manos. En aquel mundo de sueños había mujeres como ella a quienes enseñaban a usar sus manos para hacer pequeños tesoros: pendientes y collares hechos de cocos, platos y rosas hechos con hojas de palmera;... Indira no se lo podía creer... Ella era capaz de hacer las cosas más bonitas del mundo, y nadie nunca más le diría que era inútil, no... ahora sólo escuchaba voces que se maravillaban de sus rosas, porque ella podía transformar una hoja de palmera en una flor elegante, que nunca muere, que es para siempre... Indira ya no lloraba, era feliz. Ahora sí que se sentía como un pájaro que canta mientras vuela en medio de un cielo infinito y azul. Ahora, podía ser útil y trabajar, ayudar en casa y que sus



hermanos pequeños tuvieran todo el que ella no tuvo nunca. Ahora podía verse cómo una de aquellas heroínas de sus sueños, digna de ser respetada, segura de ella misma, reina de su vida. La magia había aterrizado en aquel país, en aquella región, en aquel pueblo, en Indira. Aquel taller, de la Fundación Vicente Ferrer, había dado una oportunidad para ser feliz a un montón de chicas como ella, a chicas a quienes nadie quería dar trabajo, a quienes el mundo había rechazado, con quienes el mundo se había equivocado. Todo lo que se elaboraba allá, se vendía y las trabajadoras recibían un salario justo. Un dinero que transformaba las vidas de personas como Indira. A menudo le gustaba imaginarse quién compraría cada rosa que hacía, cada una era diferente, era especial, como ella.”

“Tita”, dijo Paula, “Estoy contenta por Indira, pero todavía no entiendo por qué las rosas y los collares son mágicos”.

Y tía Lola le contestó: “Son mágicos, porque dan la oportunidad de ser feliz, de arreglar algunas cosas que no funcionan. Paula, algún día verás que el mundo es injusto. Tú, con tus manos, lo puedes cambiar, como Indira hizo. Todo el mundo tiene un lugar en el mundo, no hay que dejar a nadie abandonado en la arena junto a una carretera. Sólo hay que mirarlo con atención y verás que es capaz de hacer cosas maravillosas. Paula, tus manos pueden cambiar el mundo. Es difícil pero tienes que creer y, si lo sientes de verdad, puede aparecer la magia, que siempre acompaña los deseos sinceros. Entonces todo es posible”.

A veces pensamos que la magia es que salga un conejo de un sombrero. En esta historia, la magia ha traído esperanza y sonrisas dentro del corazón de Indira y también a la familia de Paula y Marcos.



Preguntas para reflexionar

1. ¿Conoces alguna cosa que sea mágica como los collares y brazaletes de la tía Lola? ¿Por qué es mágica para ti?
2. ¿Por qué crees que la gente del pueblo trataban a Indira como si fuera una persona diferente? ¿Creéis que está bien hecho?
3. ¿Qué pasó para que Indira se sintiera feliz de nuevo?